

Cochimbe

Pancho Valdivia había pedido a su amigo Víctor Morán que le acompañara al mercado de Flemington, pues quería encontrar un regalo original para el Dr. Perkins. Mientras recorrían los puestos en el inmenso cobertizo que bullía como una gigantesca colmena, donde se vendían desde cebollas hasta computadoras, Pancho se devanaba los sesos pensando qué podría adquirir para llevarle al médico, pues se sentía obligado a hacerle un obsequio después de lo sucedido unos días antes.

–El Mauricio sigue con la tos. –le había dicho su mujer cuando había llegado del trabajo tres días antes. –Está peor, y ahora tiene temperatura. ¿Qué hacemos?

–Bueno, mujer, lávalo un poco que lo llevo enseguida al doctor.

Una hora después Pancho entraba con el pequeño en el consultorio del Dr. Perkins. Éste, un cincuentón de rostro afable examinó a Mauricio y diagnosticó una laringitis, que sin ser grave había que vigilar. “Si se ataca por la noche, no se asusten; llévenlo a la ducha y abran la llave del agua caliente, para que aspire el vapor”, le había dicho.

Mientras el doctor le daba a Pancho estas explicaciones y procedía a escribir una receta, Mauricio, un inquieto chiquillo de 4 años, burló sigilosamente la vigilancia de su padre y se puso a examinar todo lo que veía en la habitación; se acercó a una pequeña repisa donde descansaba un hermoso jarrón de porcelana, y un segundo después, ¡crash! éste se había convertido en mil pedacitos esparcidos por el suelo. Pancho, rojo de vergüenza no supo qué hacer o qué decir. “¿Qué has hecho, demonio?”, pensó; al ver la cara que por un segundo puso el médico, comprendió que el jarrón había sido muy valioso. De inmediato reaccionó:

–*Sorry, doctor, terribly sorry* – había dicho en su inglés rudimentario. – *I will pay. Please, I will pay. How much? Please, doctor, how much?*

Pero el médico no quiso aceptar ninguna compensación pecuniaria, pues siendo una pieza de Limoges no era posible estimar su valor; amablemente les despidió con las recomendaciones del caso para el pequeño. Pancho se retiró del consultorio abatido, terriblemente avergonzado por el

accidente, e impotente para remediar la pérdida del jarrón. Por fortuna, al día siguiente Mauricio evolucionó rápidamente, devolviendo la calma al hogar de los Valdivia. Ese sábado pues, Pancho decidió ir a Flemington a tratar de encontrar algo que sustituyera de algún modo la valiosa pieza. Víctor Morán, un peruano que en su patria había estudiado arqueología, era un hombre culto; podría ayudarlo a elegir algo original para “quedar bien” con el facultativo.

Pancho recordaba todo esto cuando su amigo lo sacó de su abstracción:

–¿Has dicho un Limoges? –le preguntó mientras caminaban entre la gente.

–Sí, eso es lo que le oí decir –respondió Pancho.

–Entonces puede haber costado una fortuna.

–¿Sí? ¿Cuánto, Víctor? –preguntó Pancho con ansiedad.

–Y ... es difícil saber; quinientos, mil, dos mil ... ¡vaya a saber!

–¿Dólares? –preguntó Pancho con asombro.

–Claro, hombre, dólares, ¡qué otra cosa va a ser!

Pancho se sintió más abatido aún. Caminaron largo rato frente a los puestos, escuchando toda clase de idiomas entre la heterogénea multitud, al tiempo que observaban el despliegue de miles de objetos diversos para la venta. Por fin llegaron al puesto de Carlos, un mejicano que vendía productos de Centro y Sud América, principalmente cerámica, joyas y artesanía en cuero. Además de su tienda en un suburbio elegante de Sydney, Carlos instalaba los sábados su puesto en Flemington. Pancho miró por largo rato todo lo que allí se exponía, pero no tenía idea de qué podría comprar. De pronto Víctor le tomó el brazo y dijo:

–Esto es interesante. Creo que vas a poder resarcir a tu doctor con largueza.

Señalándole un pequeño ídolo de color castaño oscuro de unos 30 centímetros de alto, continuó:

–Se dice que este ídolo –dijo Víctor –representa a Cochimbe, uno de los tantos dioses con que nuestros antepasados representaban el dualismo del universo; algunos de ellos se encontraron, al parecer, en el Alto de Lavapatás, y se cree que datan del siglo sexto de nuestra era, aunque hay quien sostiene que piezas similares fueron encontradas en las ruinas de Chan Chan, habitadas por

los Chimúes; originariamente eran dos “gemelos”; puede ser muy valioso, depende de la edad; el juego, me refiero –y dirigiéndose a Carlos –Oye, ¿tienes sólo éste o tienes los dos?

Carlos les explicó que las dos piezas gemelas habían estado durante muchos años en un museo en México. En ocasión de un terremoto, parte del museo fue destruido y las dos piezas desaparecieron.

–Un día, en San Francisco, en una casa de compra–venta encontré ésta– dijo Carlos. – El tendero ignoraba el verdadero valor de este ídolo, y me lo dio por mucho menos de su valor. Yo pensé restituirlo al museo mejicano, pero por miedo a que pensarán que yo lo había robado, decidí traerlo a Australia, aunque acá no tienen idea de lo valioso que puede ser si se completa el juego.

Por ser amigo de Víctor se lo daba a un precio de verdadera ganga.

–Además, –dijo Carlos –Va a ser muy difícil que vuelva a ver la otra pieza.

Pancho examinó el ídolo: parecía en verdad, una pieza de mucho valor, y por lo exagerado de sus atributos masculinos podría representar algo así como la virilidad o la capacidad de procrear.

–¡Qué lástima que no tengas el juego, entonces! –dijo Pancho, recordando lo valioso que había sido el jarrón perdido.

–Si lo tuviera, te costaría cinco veces más –comentó Carlos sonriendo. –Si algún día recupero el otro gemelo, te lo puedo hacer saber, si te interesa, aunque es una posibilidad en un millón, como te imaginas ...

El precio era bastante más de lo que Pancho pensaba gastar, por lo que le preguntó al mejicano si le aceptaría un cheque, pues no traía consigo tanto efectivo. Carlos accedió y envolvió cuidadosamente el ídolo; Pancho, apretándolo cuidadosamente con ambas manos, se fue a su casa bastante satisfecho. Al llegar se lo mostró a su mujer.

–¡Jesús por Dios! –exclamó ésta al verlo. –¡Esconde eso, hombre, que lo pueden ver los niños!

–No tiene nada de malo, mujer; no seas ignorante. Es una obra de arte.

–¡Vaya obra de arte! Más bien parece el resumen de todas tus ilusiones.

Pancho ignoró el sarcasmo y guardó la figura en una caja de cartón para llevársela el lunes siguiente al Dr. Perkins. Estaba seguro que éste sabría apreciar el arte indoamericano.

La afección a la laringe de Mauricio cedió totalmente, y el lunes a primera hora Pancho se encaminó alegremente al consultorio con su hijo de la mano y el ídolo cuidadosamente envuelto en un papel de colores bajo el brazo.

La recepcionista le hizo pasar; el Dr. Perkins lo recibió con la amabilidad de siempre:

–How is the little fellow? –preguntó.

–Good, good,–contestó Pancho sonriente.

El médico procedió a reconocer a Mauricio. Al finalizar, le dijo a Pancho que estaba conforme con la evolución del chico. Había que mantenerlo resguardado por unos días, pero ya estaba en camino de una total recuperación. Pancho se sintió feliz, y tímidamente le ofreció al médico el colorido paquete.

–For you, doctor, for you. –Y al ver que éste vacilaba, insistió: *–Yes, yes, take it, take it!*

El Dr. Perkins no se decidía a aceptarlo, pero finalmente con una sonrisa tomó el obsequio y procedió a desenvolverlo. La figura apareció erguida con todo el esplendor de su artística y original exuberancia.

El doctor se quedó mudo por un instante.

–Lo pondremos aquí, ¿verdad doctor? –dijo Pancho, colocando el ídolo en la repisa donde antes estuviera el malogrado jarrón.

El rostro del galeno mostró preocupación. En una sociedad poco habituada a la escultura de otras latitudes y de otras épocas, indudablemente el pequeño y atrevido Cochimbe causaría azoramiento a muchos de sus puritanos pacientes. Finalmente el médico volvió a sonreír amablemente y agradeció a Pancho por su molestia. Este le explicó lo dicho por Víctor: la pieza era sólo la mitad de un valioso juego, y si algún día se pudieran reunir ambas, entonces su valor sería incalculable. El Dr. Perkins volvió a agradecer y los despidió con cortesía.

Apenas salió Pancho, llamó a la secretaria, la que al ver el ídolo exclamó:

–Wow! –mientras sonreía con picardía. Pero el Dr. Perkins estaba serio. Las instrucciones fueron breves: envolverlo nuevamente y ponerlo a buen recaudo. Ya vería él la forma de disponer de aquel ídolo.

Días después el Dr. Perkins conversaba con su esposa, y ésta le recordó que el sábado siguiente debían ir a casa de su amigo Bill, el gerente del banco, pues era su aniversario de bodas.

–Y de paso piensa en lo que les vamos a regalar –le dijo.

Fue entonces que el médico recordó el ídolo. “¡Qué solución! Se lo regalo a Bill”, pensó.

De esta forma Cochimbe, cuidadosamente envuelto en otro colorido papel, ingresó al patrimonio de la familia de Bill Dawson, el gerente del banco; allí también volvió a causar un poco de revuelo, especialmente entre el sector femenino de la familia y sus amistades, que no estaban habituados a contemplar un semidiós indoamericano totalmente desprovisto de ropas, y tan atrevidamente masculino.

El gerente del banco, que tampoco apreciaba mucho el arte de la escultura, encerró a Cochimbe bajo llave en un armario. Varios meses después, su primo Matt, que tenía una agencia inmobiliaria en la zona de Redfern, celebraba su cumpleaños, y Bill, recordando la pequeña estatua, pensó que era un excelente modo de cumplir con un familiar por quien no sentía gran simpatía y a la vez librarse del extraño ídolo.

Así el pobre Cochimbe continuó su peregrinación de mano en mano. Tampoco el agente inmobiliario era muy entendido en menesteres artísticos, y a la semana siguiente decidió llevárselo al judío que tenía una casa de empeños frente a su oficina. Se sorprendió algo por lo que aquél le dio por el mismo, sabedor de lo poco que ofrecen los prestamistas por cualquier objeto.

Transcurrieron días, semanas, meses; Cochimbe juntaba polvo en el estante del “cambalache”; un día, casi un año después que la estatuita dejara el puesto de Carlos en Flemington, éste la vio por casualidad en una oportunidad en que acudió a lo del prestamista en busca de gangas. Convencido que se trataba del “gemelo” de Cochimbe, y conocedor del valor inmenso que el juego podría tener si se reunían ambas piezas, Carlos se apresuró a adquirirlo.

Apenas llegó a su tienda, Carlos llamó a Víctor y le pidió que avisara a Pancho de su hallazgo. Víctor también pensó que si se podían reunir las dos figuras del “grupo Cochimbe” –como se llamaba en los textos de arqueología, –su valor sería inestimable. Se lo comunicó a Pancho. Al enterarse, éste se sintió feliz y nervioso al mismo tiempo, pues pensaba que si Carlos se lo daba a un precio accesible, podría compensar totalmente a su médico por el accidente del valioso jarrón.

No bien tuvo un rato libre, corrió a la tienda del mejicano y compró el ídolo, lo que le llevó una buena porción de sus ahorros, pero lo hizo con todo gusto; había quedado en verdad dolorido por la involuntaria acción de su hijo, y quería devolver la paz a su conciencia. Ese mismo día al caer la tarde, se dirigió muy ufano con su obsequio bajo el brazo a lo del Dr. Perkins.

Había varias personas para consultar y debió esperar, impaciente. Cuando le llegó el turno, entró al consultorio radiante.

–¡Muy buenas, doctor! ¡Mire lo que le traigo! Ahora sí tendrá usted un juego de un valor comparable a una pieza de Limoges. Mi amigo Víctor, que es arqueólogo, se lo podrá confirmar – decía con gran entusiasmo, al tiempo que desenvolvía el paquete y sacaba a Cochimbe, que de esta forma entraba por segunda vez al consultorio del médico. Sosteniéndolo sobre la palma de su mano, Pancho dijo:

–¿No es magnífico, doctor? ¿eh?

El Dr. Perkins cerró los ojos, y se dejó caer en su silla sin contestar.

(La referencia arqueológica es imaginaria, y si hubiese semejanza con datos históricamente reales, es puramente casual).

Michael Gamarra